

ROSTROS

Observatorio de Modelos Integrados en Salud • Mayo de 2016 • Año I • nº 2

IGNACIO



NEW HEALTH
FOUNDATION

ROSTROS

Observatorio de Modelos Integrados en Salud
Mayo de 2016 • Año I • nº 2

ROSTROS es una publicación regular del Observatorio de Modelos Integrados en Salud (OMIS) en la que personas reales nos prestan sus historias de vida para invitarnos a reflexionar sobre diferentes elementos de la atención integrada.

PRESIDENTE NHF

Emilio Herrera Molina

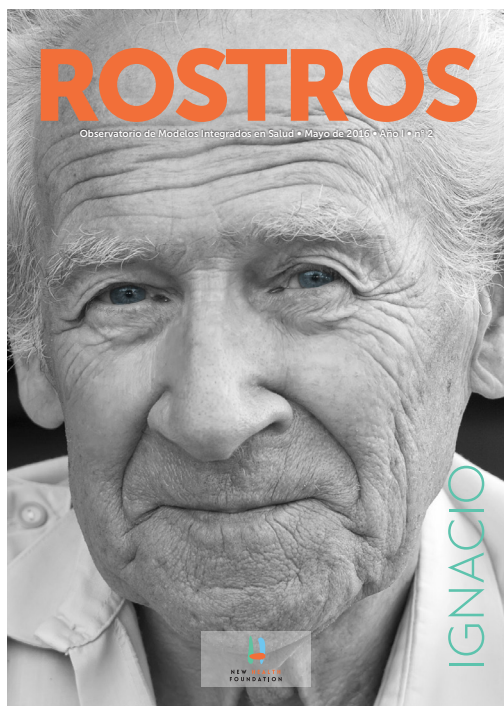
COMITÉ TÉCNICO OMIS

Arturo Álvarez Rosete

Lucía Martínez Martín

EDITA:

New Health Foundation ©2016



NEW HEALTH FOUNDATION

Somos una institución sin ánimo de lucro que tiene como misión principal la observación y optimización de los sistemas de salud, de atención social y el apoyo familiar y comunitario para mejorar la calidad en los procesos de enfermedad crónica avanzada, alta dependencia y las últimas etapas de la vida.

El Observatorio de Modelos Integrados en Salud (OMIS) es uno de los programas desarrollados por la New Health Foundation. Su función es la de promover la implementación de modelos de Atención Integrada (AI) y la sinergia de los ámbitos sanitario y social, desde la identificación y el análisis de experiencias de AI en España y la transferencia del conocimiento resultante a los principales actores del sector.

EN ESTE NÚMERO...

IGNACIO es el rostro de un anciano, que más que urgentes y complicadas necesidades clínicas tiene, sobre todo, soledad y necesidad de cariño. El portal donde vive, se convierte, tras un evento adverso y con la empatía de los profesionales, en un rico centro de cuidados, y activa a Ignacio, que pasa de ser cuidado a cuidador, de paseante al final del camino a activista comunitario.

FIRMA...

ELENA ELÓSEGUI VALLEJO

JEFE DE SECCIÓN MÉDICA
UNIDAD DE VALORACIÓN Y
TRASLADOS. OSI DONOSTIALDEA

Elena dirige un equipo multidisciplinar en la OSI Donostialdea, que realiza la valoración integral de los pacientes, adecuando los recursos y servicios disponibles en la OSI a las necesidades de cada persona, priorizando el domicilio como primer espacio de atención.

Experta en valoraciones sociosanitarias, ha sido Directora territorial de Sanidad en el País Vasco y Coordinadora Sociosanitaria autonómica.

IGNACIO

UN PORTAL 22



*La noche pasa de largo y casi no ha dormido.
El viento mojado del mar toca una melodía contra la
ventana y las olas golpean las rocas del acantilado.*

Como suele ocurrirle, el amanecer se acompaña de esa niebla conocida, esa melancolía amiga que le envuelve y luego, poco a poco, se disipa cuando el día comienza. Hoy no se puede entretener, es el cumpleaños de su amigo y quiere salir a hacer la compra para celebrarlo juntos.

Su vida es tranquila. Viven en la calle San José, en su casa de siempre, pasean, ven juntos la televisión y disfrutan agradecidos de la comida que prepara Eulali, su vecina. Hace un poco más en el puchero y llega para ellos. Él, a veces, le hace la compra y así todos contentos.

Txuriko hace poco ruido. Todo lo dice con la mirada. Se entienden. Si suena el timbre, le muerde el pantalón; si es hora de levantarse empieza a hacer ruidos....

Arropado entre las mantas, piensa en Margari y se deja llevar. Se conocieron hace una vida, siendo niños. Era de

Como suele ocurrirle, el amanecer se acompaña de esa niebla conocida, esa melancolía amiga que le envuelve y luego, poco a poco, se disipa cuando el día comienza.

mediana estatura, más gordita que delgada, bonita más que guapa, con una cara redonda de ojos sonrientes y una trenza rubia. Como una descendiente de los vikingos que arribaron en la costa de Zumaia. Pasó de tirarle del pelo y empujarle al agua en el puerto, a ser siempre su pareja al fútbolín. De adolescentes bailaban juntos en las fiestas de los pueblos y se hicieron novios.

Él no pasó de los estudios primarios y muy joven se puso a trabajar en la única fábrica del pueblo. En aquellos tiempos, donde casi nadie viajaba, era muy común casarse entre personas del mismo pueblo.

Ellos se casaron en la ermita que está bordeando al *flysch* e hicieron una comida en el merendero de la playa, entre el azul del cielo, el sol sobre la arena, la brisa del mar y el acordeón de su amigo Joseba.

Margari era modista y hacía ropa para niños. Con los años tuvo una clientela sólida con los veraneantes que le encargaban pantalones, vestidos y abriguitos de invierno para sus niños.

Tuvieron un hijo, Iñaki. Era un buen chico pero como suele suceder, no salió como esperaban. Desde muy joven tuvo las ideas inquestionables, los sueños lejanos y los suspensos presentes. Un día, con 20 años se marchó de casa con prisa. Ahora vive en Francia.

Desde pequeño le gustó dibujar y cuando se jubiló hizo un cursillo en las aulas para mayores y se puso a pintar. Su momento

era por la mañana, después del desayuno. Pintaba sentimientos y así sus colores cambiaban según su estado de ánimo: la alegría es amarilla y la tristeza azul. Margari, rosa o dorada según los amaneceres. La rabia se pinta marrón y la nostalgia es cambiante como el color de las nubes, a veces anaranjada, otras, como borrones mojados.

A media mañana salían a caminar y subían por el sendero del Camino de Santiago. Por la tarde, después de comer, se sentaban a ver un poco la televisión mientras echaban una cabezadita.

La vida fue pasando tibiamente. Llevaban tanto tiempo juntos que casi se parecían. Tenían los mismos gustos, olían igual y de tanto dormir abrazados compartían los mismos dolores, las mismas arrugas. A las ocho, mientras Margari preparaba la cena, Ignacio salía a dar una vuelta con los amigos. Quedaban en el bar Justa. Tres vinos y a casa.

Los jueves cenaban en la sociedad. Eran cuatro parejas y dos solterones. Joseba tenía una barquita y era el que abastecía las cenas: un atún pequeño, dos medianas, o un montón de *arraitxikis*.

Los domingos, después de misa, siguiendo la costumbre del pueblo, tomaban el aperitivo mientras saludaban a amigos y conocidos. Después, comían unos huevos fritos con una botella de champán. Se reían de ese capricho tan íntimo.



Una mañana cualquiera, después de desayunar, cuando estaban leyendo juntos el periódico en la mesa de la cocina, Margari se cayó al suelo. Murió a los 7 días en el hospital diciéndose adiós sin una palabra en los labios.

Y así, en un instante, la vida había cambiado. Pasó de un tiempo feliz a un estado con olor a fin del mundo, donde la resta gana a la suma. Se le había caído el pelo, tenía unas grandes entradas y unos pelos locos a los lados. Sus amigos le empezaron a llamar Punset. Poco a poco fue abandonando el paseo matutino. Pasaba las mañanas pintando acuarelas azuladas y muchos atarde-

ceres nubosos. Joseba, tras una caída en el barco y una convalecencia complicada, murió y dejaron la cena del jueves.

Quedaban tres en la salida de las 8 y pagaba una ronda cada uno.

Perdió audición y se puso unos audífonos. Desde que murió Margari, Iñaki, a veces, venía a verle. En una de sus visitas vino acompañado de Txuriko. Era un perro, raza amigo, de color canela que enseguida se acurrucó a sus pies y se quedó. Desde entonces viven juntos.

La mente vuelve al presente y recoge sus recuerdos. Es hora de levantarse. Sigue lloviendo. Se pone la chupa, las botas y cierra la puerta sin hacer ruido.

Al salir, se encuentra con Eulali.

—¡Qué madrugador andas hoy!

—Sí, voy a la carnicería, es el cumpleaños de Txuriko.

—Ah, ¿y cuántos años hace?

—No sé, pero muchos. Ya ves como está.

—Hace tan malo que, ya que sales, ¿te importaría traerme el pan? —pide Eulali— Espera que te doy el dinero.

—Va, va, lo que faltaba que te cobrara con todo lo que haces por nosotros. Enseguida vuelvo.

De camino a la carnicería, se le ha nublado la vista, ha tropezado con una alcantarilla y se ha caído. Ha perdido el conocimiento y para cuando se percata, está en una ambulancia camino del hospital. Ha perdido los audífonos.

En el servicio de urgencias, le acercan en una silla de ruedas al mostrador de admisión.

—Este señor se ha caído en la calle —dice el ambulanciero.

El administrativo levanta la mirada del ordenador y solicita su nombre.

De camino a la carnicería, se le ha nublado la vista, ha tropezado con una alcantarilla y se ha caído. Ha perdido el conocimiento y para cuando se percata, está en una ambulancia camino del hospital. Ha perdido los audífonos.

—No, no me ha empujado un hombre, responde Ignacio. Se me ha metido el pie en una alcantarilla, he tropezado y me he caído.

—¿Me puede dejar la tarjeta sanitaria? —dice el administrativo ya en un tono más alto y paciente.

—¿Qué?

—¿Tiene la cartilla?

—Sí, en la alcantarilla

Finalmente, con el permiso del anciano, le miran la cartera y sacan la tarjeta sanitaria.

Se llama Ignacio Ugalde, 85 años y no tiene historia clínica en el hospital. Está registrado. Le ponen un calmante para el dolor de la pierna. Le hacen placas, análisis, le dan puntos en una herida en el brazo y espera en una camilla. Se siente como en un sueño. Pasa el tiempo y por fin un médico joven parece que va a resolver el problema:

—Ignacio, se ha caído en la calle porque ha perdido el conocimiento. Además de las

heridas y golpes, tiene un problema con la glucosa, la tiene muy alta. En unos días cuando este todo bien le daremos el alta.

—¿Qué?

—Que tiene azúcar en la sangre —le grita el médico.

—¿Que se me ha metido azúcar? ¿En dónde? No le oigo...

El médico no responde y procede al ingreso. Ignacio no entiende nada. Es el cumpleaños de Txuriko y se tiene que ir a casa.

Ha estado mucho tiempo esperando pero ahora todo sucede muy rápido. Le llevan en la camilla hasta una habitación y le acuestan en la cama. En la otra cama hay un señor con un aparato en la nariz leyendo el periódico.

—Señorita, por favor —dice a la enfermera— ustedes no entienden. Hoy es el cumpleaños de mi amigo, me está esperando en casa y me tengo que ir.

—Ignacio, es mejor que se quede. No se preocupe yo llamo por teléfono a su amigo y le aviso para que venga ¿Cuál es el número?

—¡¡¡Pero cómo va a hablar Txuriko por teléfono!!!

—¿También es sordo?

—¿Qué?

—¿Que si también es sordo? —contesta en tono más alto la enfermera.

—No que yo sepa —le contesta Ignacio— Pero sería el primer perro que yo conozca que hable por teléfono.

Ignacio se va enfadando por dentro. Una rabia le sube hacia la garganta. Se siente mal, sabe que es algo muy raro. No quiere, pero grita y llora. Txuriko está solo. Han venido y le han pinchado algo. Se le cierran los ojos y de repente se acuerda de Eulali. Eulali sabría que hacer... Todo se vuelve marrón.



Por la mañana, cuando entra la enfermera, se ha serenado. Está como con resaca pero sabe que es mejor cambiar de actitud para que le hagan caso.

—Señorita, necesito avisar de que estoy aquí.

—Sí, ya me han dicho que quería llamar a su perro por teléfono —contesta la enfermera con media sonrisa.

—No, quiero avisar a mi vecina. Se llama Eulali Murua y vive en la calle San José en el portal 22 en Zumaia. Estará preocupada.

—¿Sabe el número de teléfono?

—No me acuerdo.

—Bueno veré lo que puedo hacer.



Por la tarde aparece Eulali y todo mejora. Entra en la habitación vestida de domingo, con el abrigo que se hizo para la boda de su hija. Es más joven que Ignacio y también viuda. Su marido murió en el mar. Le explica que Txuriko está con ella y el carnicero

le recogió los audífonos en la calle. Se los ha llevado y le dice que ha avisado a su hijo.

—Tranquilo que yo cuido de Txuriko. Tú ponte bien.

Eulali le cuenta que una trabajadora social ha hablado con ella y le ha dicho que Paulita, su hermana, está ingresada en otra planta del hospital. Se había caído un día antes que Ignacio y se había fracturado la cadera.

—¡Qué casualidad! —dice Ignacio— ¿Y está bien?

—Creo que aparte de eso tiene un poco mal la cabeza. Está despistada.

—¡Bueno, eso ha sido siempre!

—¿Hace cuánto que no la ves?

—No sé, creo que nos vimos en el funeral de mi hermano Patxi.

—¿Pero no murió hace un par de años?

—Sí. No tenemos relación. Cuando ocurrió lo de Iñaki, Margari y yo nos distanciamos de ella. Sus opiniones eran duras, provocadoras y ya sabes, tenía razón, pero hablaba en contra de nuestro hijo.



Entre Eulali y Gemma, la trabajadora social, organizan un encuentro entre los dos hermanos. Ignacio llega a la habitación de su hermana en una silla de ruedas acompañado de un celador. Está mucho mejor. Afeitado, con el aparato puesto, el pelo peinado hacia atrás, pero un poco loco, ojos azules, es cierto que recuerda a Eduardo Punset. Se encuentra con Paulita, su hermana mayor, sentada en una silla y se emociona. Está reducida, los dedos deformes, poco pelo, la cabeza vencida como desparramada sobre los hombros. Paulita le sonríe con timidez.

—Hola, Ignacito.

A su lado está sentada la señora de la otra cama con bata de guatín en colores vivos, mechones de pelo blanco que le caen por la

cara y le esconden a medias un hematoma. Completan el conjunto unas uñas largas pintadas en rojo descascarillado. También están una enfermera y la trabajadora social.

Maite, la enfermera, con cariño, comenta a Antonia que van a hablar con los hermanos y que le va a retirar un poco la silla.

—¡Ah no! —dice Antonia— Yo no me quiero mover.

—No pasa nada —comenta Ignacio.

Gemma les explica que han coincidido ingresados y que han visto que son hermanos. Paulita, operada ya de la fractura de cadera, ha sido valorada en el proyecto de ortogeriatría y en un par de días le van a trasladar a una unidad de rehabilitación para tratar de que vuelva a su situación funcional anterior. Además aprovecharán ese ingreso para realizar una valoración cognitiva.

Paulita tiene 87 años, es soltera, trabajó en una papelera y tiene una buena pensión. Siempre fue previsora y hace unos años, se compró un piso en Donosti «tutelado» para mayores, con visión de envejecimiento activo. La iniciativa fue de una promotora asociada con una residencia privada de mayores. Vendían un piso sin barreras, un comedor común con catering, gimnasio y consulta de médico y enfermera. Coincidió con la crisis económica y, de los 70 apartamentos, solo 20 están ocupados por personas mayores. Al resto, como no se vendían, se les abarató el precio olvidando el proyecto a favor del negocio. Ahora viven muchas parejas jóvenes y gente de paso. El comedor con catering pasó a ser una sociedad llena de niños. Los sábados siempre hay mucha juerga y el gimnasio es un espacio con dos bicicletas y un montón de pesas.

El edificio está alejado del centro, aunque hay una parada de bus no muy lejos. En los alrededores no hay supermercado, ni panadería, ni ningún tipo de servicios.

—Estoy atrapada en ese desierto —comenta Paulita.

Ignacio sabe la historia y se revuelve.

Vuelven a reír. Al final parece una tertulia entre amigos. Los tres ancianos disfrutan de la compañía, de la conversación.

—Los políticos tienen la culpa de todo —dice— que ponen el cazo.

—Bueno, Ignacio, nosotras lo que queremos es ver cómo podemos ayudar a su hermana —dice Maite— No está bien viviendo ahí y la alternativa sería una residencia. Eso le pone triste. Todos estamos de acuerdo que donde mejor se está es en casa pero claro, hay que poder...

—Sí, sí, donde mejor se está es en casa —dice Antonia metiéndose en la conversación— Yo tengo una casa muy bonita en la parte Vieja.

—¡Qué bien! —le dice Maite—, ¿y vive sola?

—Sí, desde hace poco que murió mi marido.

—¡Calla pesada! —le contesta Paulita— Si me dijiste que tu marido murió hace 20 años.

Antonia, sorprendida, se queda en silencio.

Para romper el momento, Maite le pregunta:

—Y en lo viejo, ¿qué eres *koskera* o *josemaritarra*?

—Soy viuda —responde Antonia— Y también fui soprano de orfeón.

Se ríen, el ambiente se distiende. Ignacio le pregunta qué cantaba.

Retoman la conversación con los hermanos. Están intentando que la solución salga de ellos. Ignacio les cuenta que tiene un

perro, Txuriko, que está ahora con Eulali, la vecina.

—Yo hace muchos años iba con mi marido y unos amigos a Hendaya a ver pelis pornos —dice Antonia de nuevo.

Vuelven a reír. Al final parece una tertulia entre amigos. Los tres ancianos disfrutan de la compañía, de la conversación.

—Y a usted, ¿quién le ayuda en casa? —pregunta Gemma a Antonia.

—Mi vecina, y vivo muy bien. Tengo una casa grande muy bonita al lado del mercado.

—Entonces quizás tenemos la solución, Paulita puede ir a vivir con usted —dice Maite sonriendo.

Antonia la mira asustada.

—¡No, no! Que yo estoy muy bien y no quiero líos.

Todos ríen de nuevo. Están a gusto. El ambiente es cordial, entrañable, han conectado. Hace tiempo que ha pasado la hora de la salida del trabajo, pero las dos profesionales siguen con ellos. Ignacio sonríe. Es un hombre guapo.

—Sois majas vosotras, aunque os queréis meter en nuestra vida. Vivir la vuestra y dejarnos tranquilos, que os veo venir.

—Sí, Ignacio —dice por fin Maite.

—¿Sería posible pensar en que Paulita fuera a vivir con usted después de la rehabilitación? ¿O es preferible que vaya a una residencia?

—¡Pero yo también tengo que decidir ahora si voy a una residencia? —dice Antonia— ¡Qué lío! ¡Yo no quiero!

—No, Antonia, usted no.



Al portal 22 llega una ambulancia. Ignacio se baja inseguro pero por su propio pie. No

quiere ayuda. En la puerta le espera Eulali. Se agarran con fuerza las dos manos, Ignacio entra al salón y allí, en su *txoko*, está Txuriko hecho un ovillo. Parece una pequeña manta color canela. Levanta la cabeza y se queda mirando a su amigo, lentamente se incorpora y camina hasta Ignacio cojeando.

—¿Qué te ha pasado amigo? —dice Ignacio acariciándole como siempre hace— Pero si parece que el que ha estado en el hospital eres tú...

—No te lo quise decir para no preocuparte, pero desde que ingresaste, ha estado como si a él también le hubiera pasado algo. Arrastra la pata desde hace días.

Ignacio se sienta en su sofá de siempre y Txuriko se queda a su lado mirándole a los ojos fijamente, un buen rato. Ignacio le habla y le cuenta de primera mano lo que ha pasado. Cómo salió a por su regalo y terminó en el hospital.

—Y allí Txuriko, una vez te pillan no te dejan en paz. Tienes suerte de ser perro.

Por fin Txuriko se restriega en el pantalón de Ignacio, emite tres ladridos cortos y se acurruca sobre sus pies, sellando esa relación incondicional, como siempre ha sido.

En el portal 22 bajo viven Ignacio, Paulita y Txuriko. Cuando Paulita volvió del hospital, Ignacio, con ayuda de Eulali, le había preparado la habitación que Margari usaba para coser. Tiene una cama articulada, su ropa, sus fotos, sus cosas. Iñaki, se encargó de ir al piso de su tía y recogerlo.

Paulita está bien pero un poco más torpe. Camina con ayuda de un bastón y las escaleras ya no son para ella. Le enseñaron ejercicios para evitar las caídas y con ayuda de su hermano, los hacen todos los días. Su cabeza va y viene pero se mantiene sobre los hombros. Está tranquila, como una muñequita de peluche. Ignacio fue al ayuntamiento e hizo todas las gestiones para su hermana. Paulita tiene reconocido un grado de dependencia y con la prestación económica que cobra y un poco más que ella aporta, la vecina del segundo, una chica jo-

Ignacio está bien, sabe que esta situación no durará mucho pero están viviendo el día a día. Ahora que cuida de su hermana se siente mejor. Ha rejuvenecido.

ven, se ocupa de ayudarle en el aseo, hacerles la comida y limpiar la casa todos los días. Eulali ayuda con la compra y los domingos los tres comen en su casa.

Ignacio y Txuriko llevan de paseo a Paulita todas las mañanas por el puerto. Es un paseo corto, a lo sumo media hora.

Ignacio está bien, sabe que esta situación no durará mucho pero están viviendo el día a día. Ahora que cuida de su hermana se siente mejor. Ha rejuvenecido. Todas las mañanas desayunan juntos, él le ayuda y después pinta sobre una acuarela mientras Txuriko y Paulita le observan y esperan pacientes el momento del paseo. Paulita ha vuelto al pueblo donde nació. La gente la conoce. Le saludan. Ella sonrío todo el tiempo.

Ignacio y Paulita han vuelto a ir a misa los domingos. Al salir, disfrutaban del *marianito* y la *gilda* en el bar Justa. Suele estar lleno. Algunos le dicen que Paulita no debería tomar el *marianito*.

—¡Qué tontería! —suele contestar Ignacio. Sólo hay que mirarle la cara para saber que disfruta.

Agoniza la noche, amanece otro día. Que llueva lo que quiera, acurrucado en la cama, Ignacio piensa que la vida suma, la vida resta o tal vez, la vida sea una sucesión de paréntesis que se abren y se cierran. A sus pies, duerme Txuriko. ♡

CLAVES PARA UN MODELO DE ATENCIÓN INTEGRADA

ELENA ELÓSEGUI
COMITÉ TÉCNICO DEL OMIS

El relato de *Ignacio*, el anciano del portal 22, no narra un caso de complejidad clínica que requiera de una super-especialización asistencial, una costosísima inversión tecnológica, innovaciones terapéuticas coste-efectivas, la puesta en marcha de múltiples recursos o una sucesión de estrategias y planes de salud liderados desde diferentes instancias administrativas. El relato de *Ignacio*, el anciano del portal 22, como el de muchos abuelitos de cualquier portal de España, narra un caso de diabetes algo descompensada, pero sobretodo mucha soledad, fragilidad y necesidad de cariño. Lo importante, la soledad, la creciente fragilidad y la necesidad de cariño se mejoran con buenas dosis de **empatía** de los profesionales de los cuidados.

EL VALOR DE LA EMPATÍA

Este relato nos ayuda a pensar en qué consiste, en último término, la atención integrada: un momento de intercambio e interacción entre dos o más seres humanos, que, si no está cargada de empatía, se convierte en un mero trámite organizativo (por muy intenso y complejo que sea, por muchos recursos que necesite, por muy planificado que haya sido). Podemos adoptar cambios organizacionales radicales, incorporar las últimas tecnologías, consensuar protocolos para todo tipo de situaciones, triplicar los recursos económicos para todas las partidas del gasto sanitario y social, crear estrategias marco... Si el momento de interacción del equipo profesional (Maite, Gemma, y todos

los demás) va falto de empatía, estará desintegrado y distante respecto a las necesidades reales de Ignacio.

El siguiente texto describe empatía, desde la perspectiva de los cuidados paliativos, pero absolutamente aplicable a todos los momentos y patologías, como:

La capacidad cognitiva de percibir, en un contexto común, lo que otro individuo puede sentir. También descrita como un sentimiento de participación afectiva de una persona en la realidad que afecta a otra. Una de las frases más célebres de la Dra. Saunders describía sin nombrarlo el universo y la complejidad que se esconde en la atención centrada en la persona al final de la vida: "Importas porque eres tú e importas hasta el último momento de tu vida". Es este valor esencial el respeto que despierta el profundo convencimiento de que cada persona es única e importante por el hecho de serlo, el que inspira toda esta manera de cuidar. El cariño es el envoltorio; la base, el respeto al hecho de ser. [Librada S, Herrera E y Pastrana T (2015) «Atención centrada en la persona al final de la vida», *Actas de Coordinación Sociosanitaria*, vol.13, pp.67-94].

Las necesidades sanitarias, en este relato, no son problema de difícil solución. De hecho, los momentos agudos (p.ej. la estancia hospitalaria tras la caída) tienen una pron-

Un pequeño empujón de los profesionales es suficiente para que Ignacio y su grupo de relaciones personales puedan reconstruir y crear redes sociales de cuidados.

ta solución. El reto que refleja el relato es detectar y dar respuesta a las necesidades sociales, de calor humano, de sostén del proyecto de vida, de sociabilidad. El equipo profesional, en este caso del ámbito sanitario, sabe percibir esas necesidades en Ignacio y darles una respuesta sencilla, amable y satisfactoria. Un pequeño empujón de los profesionales es suficiente para que Ignacio y su grupo de relaciones personales puedan reconstruir y crear redes sociales de cuidados. Con ello, el sistema sanitario ayuda a tejer una red social de apoyo. Por su parte, el portal 22 se convierte así, entre todos (Ignacio, Eulali, la vecina joven del segundo... ¡Txuriko, incluso!), en un *centro de cuidados* (¿lo podríamos llamar «atención básica», por diferenciarla de los niveles «primaria» y «especializada»?).

LOS TRABAJADORES SOCIALES EN SALUD


El texto apunta otras claves interesantes. Por ejemplo, refleja la importancia de mantener la funcionalidad en el anciano, a través de programas de envejecimiento activo, prevención de caídas, protocolos de ortogeriatría para la rehabilitación precoz de la fractura de cadera, etc. El relato de *Ignacio*, el anciano del portal 22 refiere a un perfil profesional absolutamente esencial pero poco conocido: el de los **trabajadores sociales en salud**, nuestra Gemma en el relato, que son minoría en el mundo sanitario pero que con su disciplina hacen



LAS REDES SOCIALES DE APOYO Y CUIDADOS

Desde **NEW HEALTH FOUNDATION** estamos trabajando para promover redes sociales de apoyo y cuidados. El programa "Todos Contigo" (<http://todoscontigo.newhealthfoundation.org/>) es un programa de sensibilización social para crear redes de apoyo, comunidades unidas por la vocación de cuidar que construyan una "ciudad compasiva".

Aplicando esta visión y metodología de trabajo, **NEW HEALTH FOUNDATION** ha promovido, con el apoyo del ayuntamiento de Sevilla y más de 25 entidades colaboradoras, que la ciudad se convierta en "Sevilla Contigo, Ciudad Compasiva" <http://www.newhealthfoundation.org/programa-de-la-semana-compasiva/>.

de puente más allá del mundo sanitario, más allá del mundo social. Para reflexionar sobre este perfil profesional recomendamos la lectura de Agustina Hervás (2016) «La Coordinación Sociosanitaria: espacio profesional del trabajo social sanitario en la atención integral a la salud de las poblaciones», *Actas de Coordinación Sociosanitaria*, vol.16, pp.7-19. Para Agustina Hervás, los trabajadores sociales en salud son, desde su posición en el sistema sanitario, «nexo de unión entre el sistema sanitario y el resto de sistemas de protección que existen en la sociedad, trabajando con los pacientes y sus familias, los grupos en los que se constituyen y la comunidad en la que se asientan». En próximos números de *Rostros* reflexionaremos sobre la identidad, rol, funciones y metodología de intervención del trabajo social sanitario. 



**NEW HEALTH
FOUNDATION**

Avenida Menéndez Pelayo 20, 4º
41004 Sevilla
+34 954 414 785
www.newhealthfoundation.org
www.omis.newhealthfoundation.org